

TIEMPO LIBRE

Música

Schubert una gozosa realidad y una truncada esperanza

"La música ha entrado aquí su mejor realidad, pero aún mejores esperanzas". (Palabras de Grillparzer en la tumba de Schubert - 1828)

"... Pero aún mejores esperanzas". Afirmación discutible en un primer momento si pensamos que Schubert, sobre todo en los últimos años de su corta vida —32 años escasos—, produjo verdaderas obras maestras; son las obras que culminan todo el lenguaje de Schubert, ese lenguaje hecho de inocencia, de ingenuidad de ternura, de ingrátido impulso hacia el paraíso perdido. Pero afirmación con visos de desafortunada realidad si pensamos en que lo que creó Schubert con una precaria formación musical como la que él tenía podía haberse convertido, en un futuro que la prematura muerte truncó, en el mayor logro musical del incipiente romanticismo de entonces.

Schubert, en un rasgo característico del hombre de verdadero talento, era consciente de su escasa forma-

ción musical; de lo que jamás tuvo conciencia exacta era de su grandeza. Por sus escasos recursos económicos —y por su espíritu bohemio, que todo hay que decirlo—, nunca tuvo oportunidad de acceder a un estudio serio y metodizado de la música. Todo lo que hizo fue espontáneo, era un músico nato que creó una obra intensa y aún no perfectamente conocida. Schubert escribió alrededor de mil obras, entre ellas seiscientos "lieder", música de cámara, de piano, de orquesta, óperas, misas, coros. No hay género, con la excepción del concierto instrumental, en el que no haya destacado. Escribió más cuartetos de cuerda que Beethoven, tantas sinfonías como éste, más "lieder" que cualquier otro compositor, más coros que los grandes maestros posteriores del romanticismo, grandes misas sólo comparables a las de Mozart. Se han tardado décadas en reconocer y asimilar la novedad expresiva de su música pianística; toda su música respira frescura, profundidad, alto vuelo de espiritualizada sensibilidad.

Pero dado que cuando murió, aunque llevaba muchos años componiendo, era un artista básicamente inma-

duro, especialmente respecto de la gran forma, es sugestivo pensar que la elevadísima inspiración melódica de Schubert, su poética e inmaterial pureza de lenguaje, unida a una sólida formación musical que él sólo intuía de forma espontánea, pero que estaba en vías de ir adquiriendo, —incluso mes y medio antes de morir pretendió empezar a tomar clases de contrapunto y fuga con Simón Sechter—, podía haber cambiado el rumbo del romanticismo musical, y con él de la Historia de la Música. En este sentido es lícito pensar que Franz Schubert pudo haber sido, además de lo que ya es como poeta musical, el más importante compositor de la historia, quizá por encima del propio Beethoven. ¿Qué no habría podido legar a la cultura de la humanidad, cómo hubiera discurrido el arte musical, si hubiera vivido hasta la madurez de una vida normal? Especular con la contestación a esta pregunta es por lo menos excitante e inquietante, si pensamos que a la misma edad del fallecimiento de Schubert, Beethoven sólo había llegado a su Primera Sinfonía, Wagner no había escrito todavía ninguna de sus grandes obras dramáticas de repertorio, Brahms no habría inicia-

do siquiera su ciclo sinfónico ni casi el de música de cámara, y Bruckner sería un maestro de escuela y organista absolutamente oscuro; sólo la producción de Mozart —siempre Mozart— es comparable a la de Schubert a los 32 años; pero dejando aparte a Mozart, pues su caso es único e irrepetible, creo que Schubert hubiera llegado a ser el creador musical más grande de la historia si la muerte no nos lo hubiera arrebatado el 19 de noviembre de 1828, a la edad de 31 años y 10 meses.

Para un mejor conocimiento de la música de Schubert, y sin citar sus obras más popularizadas, como por ejemplo su Sinfonía incompleta o algunos de sus "lieder", pueden ser recomendables las siguientes:

- Cuarta Sinfonía en Do menor, "Trágica".
- Novena Sinfonía en Do mayor.
- Quinteto en Do mayor con dos violonchelos, opus 163.
- Quinteto en La mayor con piano y contrabajo, "La Trucha".
- Fantasía para piano en Do mayor, "El caminante", opus 15.
- Rondó brillante en Si menor, para piano y violín, opus 70.
- Cuarteto de cuerdas en Re menor, "la muerte y la doncella".
- Trío núm. 1 en Si bemol mayor, opus 99. ■

Luis Piedra del Palacio

